

Los santuarios del abismo

Crónica de la catástrofe de Fukushima

Nadine y Thierry Ribault

Índice

Prólogo	II
La mordaza de la restricción voluntaria	31
¿Insumisión absoluta?	41
Eclipse en las ruinas	59
Geología de lo sensible	65
El imperio de la mentira radiante	73
Pequeño léxico de la infamia	81
Callarse como de costumbre	93
Experiencia operativa	105
<i>Pax nuclearis</i>	113
¿Aquí yace el Estado?	125
En el centro del laberinto	137
Congreso de negacionistas	151





Lo que restaría ya no sería una situación histórica, sino un campo de ruinas en el que quedaría enterrado cuanto fue historia. Y si, a pesar de todo, aún sobreviviera el hombre, ya no sería como ser histórico, sino como un deplorable residuo: naturaleza contaminada en una naturaleza contaminada.

Günther Anders, *La obsolescencia del hombre*

Prólogo

A LAS 13:54 DEL 9 de marzo de 2011, un terremoto de magnitud 7,2 en la escala de Richter y una duración de treinta segundos sacudió la región de Tōhoku, al nordeste de Japón. Su epicentro se situó a ciento sesenta kilómetros de la ciudad de Sendai. En las horas siguientes se produjeron otros tres temblores de una magnitud superior a 6. Los servicios de previsión de catástrofes entraron en estado de alerta y avisaron a las poblaciones costeras (que suman más de cuatrocientos cincuenta mil habitantes). La Agencia de Meteorología anunció «una semana de vigilancia».

Dos días más tarde, el 11 de marzo, a las 14:46, tuvo lugar un seísmo devastador de magnitud 9, cuyo epicentro se localizó a ciento treinta kilómetros al este de Sendai, a la altura de la costa de Sanriku (región del nordeste de la isla de Honshū), y a trescientos setenta y tres kilómetros de Tokio. La sacudida se prolongó durante seis minutos.¹ La alarma del maremoto se lanzó a las 14:49. Entre veintiséis y cuarenta minutos después, el tsunami procedente del Pacífico, con olas de tres a cuarenta metros de altura, rompió sobre los seiscientos setenta kilóme-

1 Durante semanas e incluso meses se sentirán nuevas réplicas de este terremoto, uno de los más importantes jamás registrados (el 7 de abril, por ejemplo, una réplica de magnitud 7,1 volverá a sacudir la región).

tros de costa que van desde Erimo a Oarai e inundó un área de quinientos sesenta kilómetros cuadrados. Aldeas enteras desaparecieron del mapa. Aquellos que no lograron alcanzar a tiempo la cima de las colinas perecieron ahogados.

Los once reactores de las centrales nucleares instaladas en las costas de esa región —Fukushima Daiichi, Fukushima Daini, Onagawa y Tokai— se pararon automáticamente. El maremoto inundó los generadores auxiliares necesarios para la refrigeración de los reactores 1, 2 y 3 de Fukushima Daiichi y de los reactores 1, 2 y 4 de Fukushima Daini (ambas centrales, sitas a doce kilómetros de distancia, se encontraban a unos sesenta kilómetros del epicentro del seísmo). Dos horas y media después, un vapor radiactivo comenzó a filtrarse de uno de los reactores de Fukushima Daiichi. Se sospechó que el terremoto y el tsunami habían dañado los reactores. A las 19 horas, el primer ministro decretó el estado de emergencia, al tiempo que aseguraba que no se había confirmado ningún escape de radiactividad. Las autoridades locales decidieron evacuar a mil ochocientas personas que residían en un radio de dos kilómetros de Fukushima Daiichi. A partir de las 19:30, el combustible del reactor n.º 1, que en un principio debería estar sumergido, quedó expuesto al aire libre. A las 21:23, el gobierno amplió la consigna de evacuación a tres kilómetros, lo cual afectaba ya a cinco mil ochocientas personas. Se aconsejó a quienes vivieran a una distancia de tres a diez kilómetros de la central que no salieran de sus domicilios hasta nueva orden.

A las 5:30 del día siguiente se decidió permitir la salida del vapor radiactivo a fin de reducir la presión en el interior del reactor n.º 1 de Fukushima Daiichi. Diez minutos después, el área de evacuación se elevó hasta diez kilómetros de Fukushima Daiichi y tres kilómetros de Fukushima Daini. El Ayun-

tamiento de Namie organizó el traslado de sus habitantes en autobús hacia el distrito de Tsushima, al oeste de la ciudad de Fukushima. Los datos recogidos por el Sistema de Información para la Previsión de Emergencias Ambientales (SPEEDI), a cargo del Ministerio de Educación y Ciencia, indicaban unos índices de radiactividad muy altos en este distrito, pero los ayuntamientos no tuvieron conocimiento de ello porque «el gobierno no quiso sembrar el pánico», como declararía un asesor especial del primer ministro. A las 6 de la mañana, la radiactividad en las salas de control de los reactores de Fukushima Daiichi era mil veces superior a la norma. A las 13:30, la Agencia de Seguridad Nuclear e Industrial consideró que los daños causados en la central eran de nivel 3, lo que equivale a un «incidente grave».

A las 14 horas, tres equipos de dos personas —los llamados «equipos suicidas»— liberaron de nuevo el vapor radiactivo albergado por el edificio de contención del reactor n.º 1 para evitar que explotase, pues la presión era ya dos veces superior a la normal. Pese a todo, a las 15:36 se produciría una explosión de hidrógeno. Entre tanto, dirigentes de la Agencia de Seguridad Nuclear y de la gestora de las centrales nucleares de Fukushima, la empresa Tokyo Electric Power Company (TEPCO), celebraban una reunión en el sótano de la oficina del primer ministro en Tokio. Para ellos, una explosión semejante era algo «imposible». Lo imposible se admitiría no obstante cinco horas después en un comunicado del jefe del gabinete, Yukio Edano: «La explosión ha destruido el edificio del reactor, pero el edificio de contención y el reactor están intactos». «Ningún experto había previsto que pudiera producirse una explosión de hidrógeno así», declaró Goshi Hosono, asesor especial del primer ministro, que sería nombrado en septiembre de 2011

ministro del Desastre Nuclear (sic). «Nunca habría creído que pudiera generarse tal cantidad de hidrógeno tras la exposición del combustible nuclear al aire libre. Hay que reconocer que hemos sido demasiado confiados», confirmó un responsable de Tepco. Otro confesó que, «sorprendentemente, los ingenieros nucleares no son muy duchos en sistemas eléctricos».

A las 19 horas, tres horas y media después de la explosión, empezó a inyectarse agua de mar en el reactor n.º 1 para tratar de enfriarlo. La dirección de Tepco ordenó la paralización de esta operación media hora después, pero el director de la central exhortó a que se prosiguiera con ella. El gobierno amplió entonces el área de evacuación a veinte kilómetros en torno a Fukushima Daiichi y a diez kilómetros de Fukushima Daini. Más de cincuenta mil personas tuvieron que abandonar sus casas. A partir de ese momento, según Philip White, representante del Citizens' Nuclear Information Center, «el reactor n.º 1 de la central de Fukushima Daiichi se halla en estado de fusión y la cosa se vuelve imprevisible». Mientras Japón sufría aún el impacto del desastre causado por el terremoto y el tsunami, se difundió el rumor de que se había producido una explosión nuclear y que podría haber más. Europeos, chinos y norteamericanos empezaron a salir de la isla. Un número considerable de vecinos de Tokio, ciudad situada a escasos doscientos cincuenta kilómetros de Fukushima, decidieron alejarse. Las madres que podían se marchaban con sus hijos hacia el sur del país o al extranjero. El 13 de marzo, mientras la fusión del reactor parecía aún una mera posibilidad (que no se reconocerá oficialmente hasta un mes más tarde), entre ciento setenta y doscientas mil personas abandonaron el área de los veinte kilómetros de radio de Fukushima Daiichi, sumándose así a las cuatrocientas cincuenta mil personas evacuadas tras el maremoto.

Aquel día, nuestro amigo el compositor Wataru Iwata, que vivía en un pequeño apartamento del extrarradio de Tokio, abandonó también la capital para refugiarse en nuestra casa, en Kioto. Su intención era salir de Japón para ir a Francia o a Estados Unidos, donde había vivido varios años; al carecer de un pasaporte válido, se dirigió a los servicios administrativos de Kioto. Allí le pidieron que regresara a su zona de residencia, con el fin de presentar los papeles necesarios para expedir un nuevo pasaporte. Dado que no formaba parte de los refugiados procedentes de la región de Tōhoku, el procedimiento de denegación no era aplicable a su caso, pero para él la posibilidad de volver a Tokio ni se planteaba.

El 14 de marzo, a las 11, tuvo lugar una segunda explosión, esta vez en el reactor n.º 3 de Fukushima Daiichi. Al mismo tiempo, Shintarō Ishihara, gobernador de Tokio, proclamó que Japón merecía lo que le estaba ocurriendo, ya que se trataba de un «castigo del cielo». Por su parte, los portavoces de la secta Seichō-no-le («Linaje del progreso infinito»)² se mostraron convencidos de que el terremoto y el tsunami de Tōhoku fueron provocados por las lágrimas de los fetos abortados (en la misma línea, el fundamentalista americano Pat Robertson había visto en el huracán Katrina una consecuencia directa de la legalización del aborto en Estados Unidos).

Al día siguiente, a las 6:10, la cámara de descompresión del edificio de contención del reactor n.º 2 sufrió los daños de un nuevo estallido. Instantes después se produjo otra explosión

2 Movimiento nacido en Japón en 1930, que ha encontrado adeptos en Europa, Norteamérica y sobre todo Brasil.